

SANTO TOMAS DE AVILA

Y

SAN VICENTE DE ARANA

EN el año 1938 mi deber profesional me llevó a residir en la apacible ciudad de Vitoria, en donde estaba entonces establecido el Ministerio de Educación Nacional. Resultado de mis excursiones por la bella provincia vasca fueron diversas notas de carácter artístico, que solía publicar en las páginas de *La Gaceta del Norte*.

Allí fueron publicadas las adjuntas referencias a la iglesia de San Vicente de Arana, que presenta un problema constructivo interesante, del cual me parece oportuno volver a tratar.

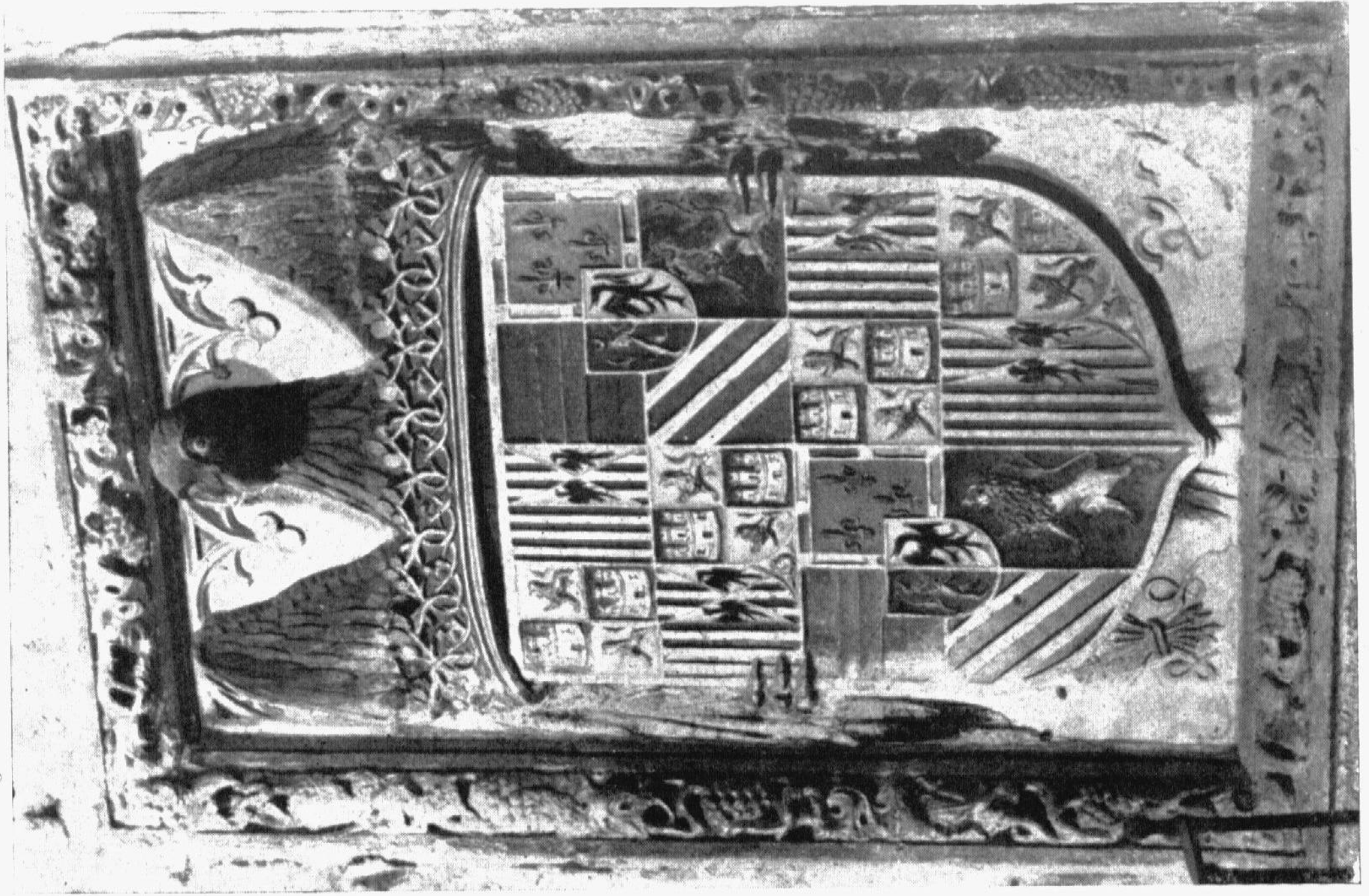
San Vicente de Arana es una de tantas villas escondidas entre las suaves sinuosidades del plácido paisaje alavés. Está situada en el valle y merindad de Arana, en los confines del reino de Navarra, al que estuvo agregada en tiempos de Sancho el Sabio. Lo más interesante de su historia está en sus tenaces esfuerzos por permanecer realenga a pesar de las codicias de hidalgos ambiciosos. Estas luchas duran desde comienzos del siglo XIV hasta el reinado de Felipe IV, quien condenó al famoso don Antonio de Oquendo, que alegaba derechos al Señorío.

La iglesia parroquial, dedicada a San Vicente Mártir, es un buen ejemplar del gótico de comienzos del siglo XV, de una sola y esbelta nave. «Es de las buenas que tiene la provincia de Alava—escribe el cronista Landázuri—, bien adornada con cinco altares, en

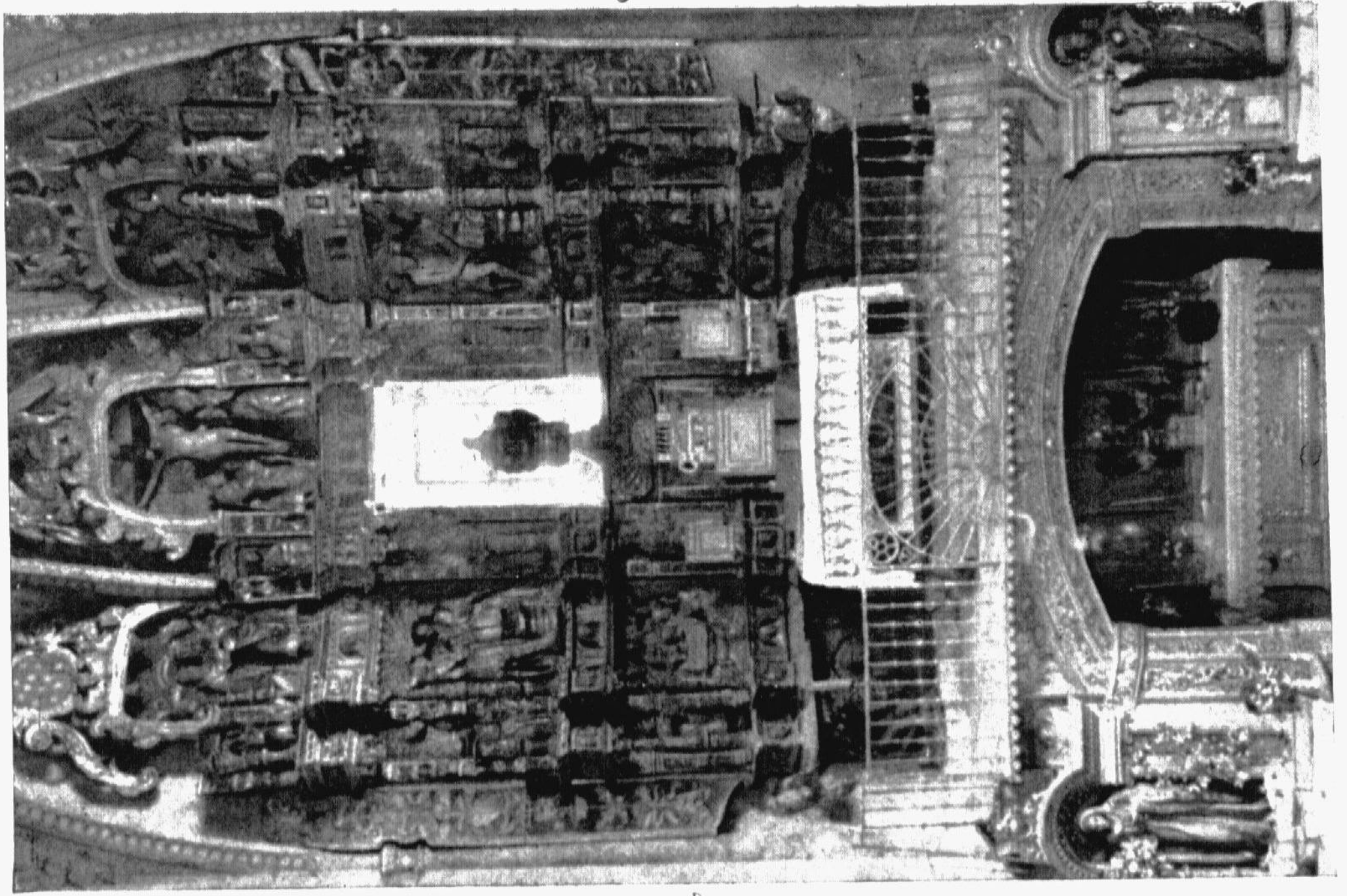
los cuales se incluyen dos capillas: la una dedicada a Nuestra Señora del Rosario y la otra a Santa María Magdalena.» Pero la singularidad de este templo está en la disposición del altar mayor, situado sobre una tribuna a bastante altura sobre el pavimento, desde el cual tiene acceso por las escaleras de los púlpitos. Debajo del robusto arco escarzano que sostiene el presbiterio, así remontado, se cobija otro altar. Salta a la vista el parecido con un famoso monumento castellano: el convento dominicano de Santa Tomás, de Avila, construido de 1482 a 1483, bajo los auspicios de los Reyes Católicos. En el templo avilés, bajo el arco que sostiene el altar admirable de Pedro Berruguete, se guarece el sepulcro que labró Domenico di Sandro Fancelli para Don Juan, el heredero malogrado de las Españas.

Pues que la relación entre ambas obras—que creo únicas subsistentes en su género—es indudable, ¿cuál de ellas sirvió de modelo a la otra? El caso de Santo Tomás de Avila es, sin duda, anterior, pues, como hemos visto, se remonta a las postrimerías del xv, y su estilo corresponde en todo a esta fecha, en tanto que en San Vicente de Arana las labores del arco de sostén y del retablo son de un excelente plateresco, que puede fecharse al finar el primer tercio de la centuria siguiente, hacia 1530. Hay un detalle heráldico que pudiera indicarnos la fecha y el motivo de las obras. Al lado del Evangelio, en un bello recuadro de follajes góticos, se ostenta un gran blasón de piedra policromada, que es uno de los pocos ejemplares monumentales que se conservan de las armas de Doña Juana la Loca. El águila de San Juan, como en el escudo de los Reyes Católicos, sirve de tenante y lo flanquean el yugo y el haz; pero en la cartela se ven alternados los emblemas de Castilla-León-Aragón-Sicilia con los de las Casas de Austria y Borgoña, propios de Felipe el Hermoso.

La crónica de Alava nos dice que la Reina Doña Juana, por carta ejecutoria (Valladolid, 23 de abril de 1505), en el eterno pleito de la villa con los pretendientes a su Señorío, falló el que permaneciese unida a la Corona. En 1513 la misma desdichada Princesa



Un detalle del pórtico



Interior de la Iglesia de Santo Tomás de Avila

concedió a la villa ciertas franquicias. Es posible que entonces se colocase el blasón de sus armas y se comenzasen las obras del altar. El retablo es ejemplar notable, de tres cuerpos, adornado con todos los recursos de su estilo.

¿Enviarían los Reyes a Arana, su villa tan dilecta, artífice que conociese la iglesia real de Santo Tomás? Es verosímil; pero también pudiera ser que ambas fuesen copia de un ejemplar más antiguo, hoy perdido. Landázuri indica que el altar de San Vicente de Arana «está en la misma similitud que en el santuario de Nuestra Señora de Aránzazu». Nada queda del altar que aún pudo ver el historiador setecentista en el famoso templo mariano, en el cual se han hecho, en diversas épocas, importantes reformas. No olvidemos que el arquitecto de Santo Tomás de Avila fué un vasco: Martín de Solórzano, y un vasco sería también el de San Vicente. Ambos pudieron inspirarse en uno de los más venerandos lugares de su país nativo.

EL MARQUES DE LOZOYA

